

LUNES 3 AGUSTO

1. Primera Charla: El sacerdocio de Cristo prefigurado en Melquisedec – Gen 14, 17-20

Como católicos nuestra referencia principal es siempre a la persona y misión de Jesús, nuestro Maestro y Señor, cuya plena revelación se cumplió y llega a nosotros especialmente en el Nuevo Testamento. La Iglesia en su historia y tradición siempre ha considerado las Escrituras de manera unitaria. El Vaticano II en la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación, dice: “*La economía del Antiguo Testamento estaba ordenada, sobre todo, para preparar, anunciar proféticamente y significar con diversas figuras la venida de Cristo redentor universal y la del Reino Mesianico*” (Dei Verbum, 15) y hablando del tema de la relación entre los dos Testamentos, toma una expresión de San Agustín: “*Novum in Vetere latet et Vetus in Novo patet*” (S. AGUSTIN, *Quaest. in Hept.*, 2, 73) [El Nuevo está escondido en el Viejo y el Viejo se revela en el Nuevo]. En este camino de contemplación de Cristo Eterno Sacerdote, entonces, podemos empezar del Antiguo Testamento para descubrir “lo que se decía de él” (Lc 24,27).

Mirando específicamente al Antiguo Testamento, podemos ver como el sacerdocio es un tema muy tratado e importante en eso. Sin embargo, en referencia al sacerdocio de Jesús, se manifiesta como una promesa y prefiguración. Los estudiosos, en síntesis, dicen que en las páginas del Antiguo Testamento hay dos líneas de desarrollo del sacerdocio: una, más antigua, donde se ve que las funciones sacerdotales no se ejercitan en manera exclusiva, como al tiempo de los Patriarcas, cuando el jefe de la familia tenía tareas de culto, así como Moisés y los reyes en el tiempo de la monarquía: la segunda, más reciente en la historia del Antiguo Testamento es la del sacerdocio levítico, en que la tribu de Levi tuvo la función sacerdotal en manera exclusiva, recibéndola de forma heredera (Cfr. J. GALOT, *Theology of the priesthood*, Ignatius, San Francisco, 2005, p. 21).

Esta introducción sirve para comprender el contexto en que vamos a colocar la figura fascinante y misteriosa del rey-sacerdote Melquisedec, que se encuentra en el capítulo 14 del Génesis (Gen 14,17-20). Es una figura misteriosa, casi marginal en la historia de los grandes Patriarcas y en particular en la de Abraham, donde está colocada. Aun pareciera una figura marginal, el dio inspiración a otras páginas del Antiguo Testamento (Sal 110) y también el judaísmo y la Iglesia antigua, como se ve en la Carta a los Hebreos.

¹⁷ Cuando Abram venía de vuelta, después de derrotar a Codorlamor y sus aliados, le salió al encuentro el rey de Sodoma en el valle de Save (es decir, el valle del Rey). ¹⁸ Entonces Melquisedec, rey de Salem, trajo pan y vino, pues era sacerdote del «Dios Altísimo». ¹⁹ Melquisedec bendijo a Abram, diciendo: «Abram, bendito seas del Dios Altísimo, Creador del cielo y de la tierra. ²⁰ Y bendito sea el Dios Altísimo, porque entregó a tus enemigos en tus manos.» Y Abram le dio la décima parte de todo lo que llevaba.

Esta narración misteriosa está colocada después de una campaña militar de cuatro reyes que se concluyó con la victoria de Abraham y la liberación de Lot, su sobrino (Gen 14,1-16). Mientras Abraham volvía de la campaña militar, el rey de Sodoma va a su encuentro en el valle de Save, que es la valle de los Reyes, no lejos de Jerusalén, también mencionado en 2 Sam 18:18. En este punto, en v. 18, en *medias res*, se presenta la figura de Melquisedec, rey de Salem, que ofrece pan y vino. El autor sagrado agrega, en el mismo verso, que "*él era un sacerdote del Dios Altísimo*".

El nombre Melquisedec es un compuesto de las palabras hebraicas *melek*, que significa "rey" y *tsedek*, "justo"; el significado del nombre, entonces, podría ser "*rey justo*", o "*rey de justicia*", o también, "*mi rey es el Dios Sadek*". En el nombre seguramente hay dos cosas: el trae una dignidad real y encarna la justicia y es dicho como "rey de Salem". Salem, casi seguramente, se da a entender como la ciudad santa, Jerusalén, el lugar que Dios escogerá como su morada en medio del pueblo. Meditando sobre su persona, él es dicho "*sacerdote de El-Elion*", del Dios Altísimo. Los estudiosos dicen que se trata de uno de los nombres divinos de origen cananeo que indican al Dios único de Abraham (cfr. G. G. WILLIS, *Melchisedech, the priest of the most High God*, in *The downside review*, 96 (1978), 267-268; G. RAVASI, *Il libro della Genesi (12-50)*, vol. II, Città Nuova, Roma, 2001, pp. 29-31). En la misteriosa figura de Melquisedec, entonces, como en un concentrado se encuentran todas las cualidades mesiánicas: la dignidad real, la justicia, la relación con Jerusalén, el sacerdocio y la relación única con Dios Altísimo.

Después esta primera mirada a la identidad de Melquisedec, podemos ver más en detalle su acciones: traer/ofrecer y bendecir. Reflexionando sobre la primera acción, parece que se pueden distinguir dos planes de la narración, uno más literal en que Melquisedec ofrece pan y vino como signo de amistad, comunión y fiesta por un ejército cansado después de una guerra y otro, más profundo, según que esta acción sería conectada con su dignidad sacerdotal. Sería, en otras palabras, una ofrenda cultural y sacrificial. Melquisedec ofrece dos elementos muy sencillos, frutos de la naturaleza vegetal o animal, como era para la ofrenda de animales o primeros

frutos, pero también frutos del trabajo del hombre. Para entender mas el sentido de estos dones, parece bien recordar el Salmo 104, que dice:

*“Haces brotar la hierba para el ganado
y las plantas que el hombre cultiva,
para sacar de la tierra el pan,*

*y el vino que alegra el corazón del hombre,
para que él haga brillar su rostro con el aceite
y el pan reconforte su corazón” (Sal 104, 14-15).*

Pan y vino, como nos recuerda el salmista, vienen de la naturaleza en sus elementos esenciales, el trigo y la uva, pero no podrían ser nutrimento y bebida agradable, sin el largo proceso en que el hombre es protagonista. El pan (en hebreo *lehem*, en griego *artos*) es emblema del nutrimento, fuente de sustentamiento y energía para el hombre, por eso se dice que *“reconforte su corazón”*; el vino (en hebreo *yayin*, en griego *oinos*) es bebida que apaga la sed, calienta, relaja, por lo tanto *“alegra el corazón del hombre”*. El aroma del pan y del vino corre para todas las páginas de las sagradas escrituras, porque esos son fundamentales para la vida del hombre. El pan, siendo al comienzo un elemento de sufrimiento por Adam, que tenía que producirlo con el sudor de su cara (cfr. Gen 3,19), va a ser ahora ofrenda agradecida a Dios, y también símbolo de Cristo mismo que llega a identificarse con el Pan, diciendo: *“Yo soy el pan de Vida”* (Jn 6,35), y escogiéndolo como signo sacramental de su Cuerpo en la Eucaristía. Así también el vino, causa de pecado y desorden cuando es abusado, se hace signo de la fiesta, del compartir y de la alegría al cumplimiento de la hora de Jesús en las bodas de Cana (cfr. Jn 2,1-12), y es escogido también como signo sacramental de su Sangre en la Eucaristía.

La tradición teológica y espiritual especialmente de los Padres de la Iglesia ha leído con insistencia el pan y el vino ofrecidos por Melquisedec como figura de la Eucaristía. Nosotros también, como Iglesia orante, seguimos esta lectura que encontramos en el Canon Romano: *“Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec”* (Plegaria Eucarística Primera o Canon Romano). Seguimos meditando el gesto del sacerdote de Salem en sí mismo, podemos ver otro elemento fundamental de su identidad y acción: el trae y ofrece algo que es fruto de la tierra y obra del trabajo del hombre. El sacerdote, entonces, es el mismo encartado en una dinámica de donación, recibiendo y donando lo que ha recibido. Una dimensión típica del verdadero sacerdocio – que ya se puede ver en Melquisedec – es la capacidad de recibir y de no guardar para sí mismo, sino de reconocer que es algo, como una dimensión

natural (fruto de la tierra) y cultural (trabajo del hombre), es dado a él y puede ser transformado en una ofrenda agradable a Dios y compartida con los demás. Me gusta leer en doble modalidad el gesto de Melquisedec como algo de complementar, no de opuesto: eso es ofrenda a Dios (sacrificio) y compartir con otros (comunión). Cada verdadero gesto sacerdotal, que es representado en las Escritura en manera primordial y originaria en Melquisedec, no se puede interpretar como un gesto de separación de lo que es sacro de lo que es profano. Esta concepción sacra, típica de la línea del sacerdocio levítico más reciente, parece insistir sobre la separación de lo que es sacro (en hebreo *qadosh*, que es la palabra que indica la santidad, significa “separado”). El sacerdocio prefigurado por Melquisedec, sin embargo, mantiene estos dos aspectos juntos: la dimensión de la ofrenda a Dios, fuente y culmen de todo, y la de la solidaridad a lo demás. Reflexionando más profundamente, ¿no se podría ver ya alumbrado el misterio del sacrificio de Cristo como ofrenda al Padre y solidaridad hacia la humanidad? Yendo aún más lejos: ¿no se pueden ver aquí las dos dimensiones típicas de la Eucaristía, sacrificio y banquete? Una pregunta existencial también para nosotros: ¿Cómo son nuestras ofrendas y sacrificios diarios? ¿Sabemos que si no hubiéramos recibido algo de lo Alto, no tuviéramos nada que ofrecer? Es claro que si nuestras ofrendas, privaciones y penitencias, además de estar orientados hacia Dios, no miran amablemente a nuestros hermanos y hermanas, permanecerán estériles e incompletas. Sin embargo, varias veces Jesús ha repetido la expresión del profeta Oseas: “*Yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos*” (Os 6,6).

Ahora podemos mirar brevemente también a la segunda acción cumplida por Melquisedec: la bendición. Es un tema muy central en la Escritura. La palabra hebrea utilizada es *berakà*, que se manifiesta en dos movimientos: un descendiente, en que el rey-sacerdote “dice bien”, es decir, él hace descender de Dios, el Altísimo, creador del cielo y de la tierra, una palabra buena e irrevocable sobre Abraham, donándole vida, fecundidad y salvación; un ascendente, en que Melquisedec, reconociendo este poder desde arriba, dice bien a Dios por las obras realizadas en Abraham. Ese movimiento se puede ver también en los Salmos: “*Bendice al Señor, alma mía, que todo mi ser bendiga a su santo Nombre; bendice al Señor, alma mía, y nunca olvides sus beneficios*” (Sal 103,1-2). Es interesante considerar como esta bendición sobre Abraham viene por un hombre que no es miembro del pueblo de Israel, sino es de origen cananeo. Este reconocimiento de Dios como fuente del bien y destinatario de la alabanza por las obras hechas a sus creaturas, non es entonces solo algo que interesa al pueblo de Israel, sino una posibilidad para toda la humanidad. La figura de Melquisedec es un estímulo a ser libres de prejuicios y seguridades étnicas y raciales, históricas y sociales. La bendición de Dios supera los confines del pueblo de Israel y también los confines visibles de la Iglesia, porque quiere llegar a cada

hombre, en cada tiempo y en cada lugar. Otro episodio del Pentateuco nos ayuda a comprender como Dios actúa y como nosotros, miembros de su pueblo, somos llamados a actuar:

“Dos hombres se habían quedado en el campamento, el primero se llamaba Eldad y el otro, Medad; el espíritu se posó sobre ellos. Pertenecían a los inscritos, pero no habían ido a la Tienda, y profetizaron en el campamento. Un muchacho corrió para anunciárselo a Moisés: «Eldad y Medad están profetizando en el campamento». Josué, hijo de Nun, servidor de Moisés desde su juventud, tomó la palabra: «¡Mi señor Moisés, prohíbeselo!» Pero Moisés le respondió: «¿Así que te pones celoso por mí? ¡Ojalá que todo el pueblo de Yavé fuera profeta, que Yavé les diera a todos su espíritu!»” (Nm 11, 26-29).

El corazón abierto de Moisés que ve los signos del actuar de Dios también afuera de los confines del pueblo, es el mismo de Jesús que habla a sus discípulos, cuando Juan lamenta que alguien está expulsando demonios aun no sea del grupo de ellos: *“Pero Jesús les dijo: «No se lo impidan, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí. Y el que no está contra nosotros, está con nosotros”* (Mc 9,39-40).

Al terminar esta reflexión sobre la narración del Melquisedec, parece bien considerar el versículo final: *“Y Abraham le dio la décima parte de todo lo que llevaba”* (Gen 14,20). Este gesto de Abraham es signo de agradecimiento para la bendición y la ofrenda recibida y también del reconocimiento de la dignidad sacerdotal del rey de Salem por Abraham. Cada sacerdote, a servicio de Dios y del pueblo, por su total dedicación a Dios, tiene derecho de ser sustentado por lo que puede ofrecerle. Se puede ver de nuevo el tema de la participación activa del hombre al culto divino, como ya se vio en los signos del pan y del vino. La dimensión sacerdotal abre a compartir y a donar. Un sacerdocio que no tenga en sí mismo esta dimensión y no traiga esa a los demás, corre el riesgo de ser vano. El misterio del sacerdocio de Melquisedec, prefiguración del sacerdocio mesiánico de Cristo, tiene esta dimensión del don, que será cumplida en el único sacrificio de Cristo. Este mismo don es la fuente de cada otro don. Si el contacto con Dios, en que es involucrada la dimensión humana del sacerdote no hace llegar a este “círculo de amor” también quien es destinatario de su ministerio, eso significa que el ministerio no ha realizado su finalidad y el fruto esperado. Lo que en Abraham que ofrece la décima parte es evidente, lo es más en los discípulos del Verdadero Sacerdote. Quien recibe el don de Cristo, Eterno Sacerdote, no puede no involucrarse en la entrega total de sí mismo. Jesús, antes que realizara su ofrenda total al Padre en la Cruz, lo dijo a sus discípulos:

“Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes. Les aseguro que el servidor no es más grande que su señor, ni el enviado más grande que el que lo envía. Ustedes serán felices si, sabiendo estas cosas, las practican” (Jn 13, 15-17).

Preguntémonos, entonces: ¿está presente en mi vida la dimensión del don, siguiendo las huellas de Cristo? Quizás, a veces esa puede faltar totalmente o hacerse sin la plena consciencia. La caridad, no como sencillo acto de dar algo, sino como actitud del corazón y de la vida del cristiano y del consagrado, no puede ser solamente fruto de un empeño humano, sin ser también una respuesta al amor que nos precede. ¿Sabemos esto? Y se lo sabemos, ¿lo vivimos en nuestra vida y en nuestra misión?

Como conclusión abierta por esa charla, me gustaría donarles un paso de San Agustín:

“[Abraham] entonces fue bendecido por Melquisedec, sacerdote del Dios excelso, del cual se escribieron tantas y tan grandes cosas en la epístola titulada a los Hebreos, [...] Allí aparece por primera vez el sacrificio que se ofrece hoy a Dios por los cristianos en todo el orbe, y se cumple lo que mucho después de este hecho dijo el profeta dirigiéndose a Cristo, que había de venir en la carne: Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec⁵⁵. Es decir, no según el de Aarón, ya que este rito había de ser abolido al alborear las realidades anunciadas por aquellas sombras” (De Civitate Dei, XVI, 22).